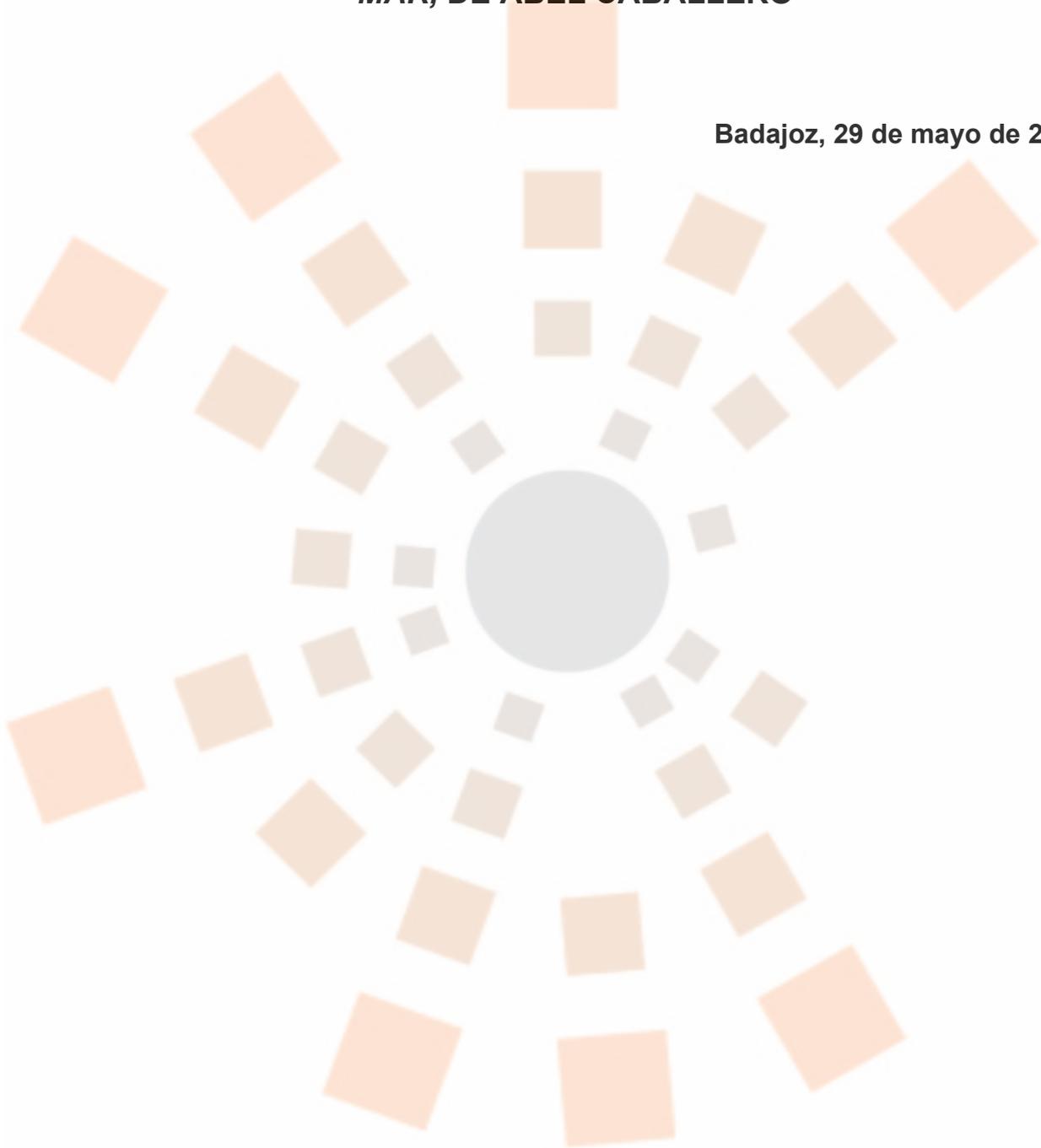


**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN LA
PRESENTACIÓN DEL LIBRO *EL HOMBRE QUE TENÍA MIEDO AL
MAR*, DE ABEL CABALLERO**

Badajoz, 29 de mayo de 2002



INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN LA PRESENTACIÓN DEL LIBRO *EL HOMBRE QUE TENÍA MIEDO AL MAR*, DE ABEL CABALLERO

Badajoz, 29 de mayo de 2002

... breve reseña de Abel Caballero, del autor, y explicarles por qué estoy yo aquí. En primer lugar Abel Caballero es, ante todo y sobre todo para mí, un buen amigo. Es decir, una persona de quien yo me puedo fiar. Ese es el sentimiento que yo tengo cuando a alguien le doy el nombre de amigo, persona fiable, persona de la que me fío. Hemos compartido los dos una intensa vida política juntos. Lo conocí siendo Ministro de Transportes, me parece que fue del segundo Gobierno de Felipe González. Y, además, fue el inventor de la idea de hacer un AVE que fuera desde Madrid hasta Andalucía. Ese tren tan criticado en aquel tiempo y objeto del deseo, ahora, para toda España.

Y cuando conocí mejor, porque lo conocía de antes, de militante del Partido, pero cuando tuve la oportunidad de hablar con él como Ministro, él como Ministro y yo como Presidente de la Comunidad, me gratificó muchísimo el tono y el trato que me dispensó, que no era el tono y el trato habitual en los Ministros del Gobierno de aquel entonces. ¿Por qué? Porque la España de aquel momento era una España que estaba construyéndose autonómicamente y solamente había, para el Gobierno de España y yo creo que para el conjunto de la ciudadanía y, por supuesto, para los medios de comunicación, solamente había dos Presidentes autonómicos en España, que eran el Presidente vasco y el Presidente catalán. El resto éramos unos sucedáneos que no teníamos casi ni la más mínima importancia y que faltaba poco para que nos metieran por el detector de metales cuando entrábamos en los Ministerios. Y, sin embargo, cuando tuve la oportunidad y la necesidad de dirigirme a Abel Caballero para algunos proyectos para Extremadura, pues encontré, de verdad, a lo que yo esperaba que fuera un Ministro de mi Partido, un Ministro socialista, una persona cariñosa, amable, comprensiva, un compañero. Y esto me hizo sentir por él pues una cierta atracción personal y política que se ha venido manteniendo hasta el día de hoy.

Después hemos coincidido en muchas ocasiones y tuvimos la oportunidad de compartir la silla en la Comisión Ejecutiva Federal del Partido Socialista Obrero Español, en la Ejecutiva que surgió, me parece que fue, en el XXXIII Congreso Federal del PSOE, que yo creo que fue la etapa del Partido Socialista más difícil desde la transición democrática, la más difícil. Y retengo y enfatizo ese dato de la etapa más difícil porque después haré referencia a algo relacionado en el libro con esa etapa. Fue el momento peor para el Partido Socialista, el momento más difícil, donde hubo enfrentamientos internos, donde se formaron casi dos grupos dentro de la Comisión Ejecutiva Federal, donde nos surgieron algunos casos de corrupción, donde hubo la conspiración que describió Rafael Ansón, en fin, momentos muy,

muy, muy difíciles donde también las personas se forjan y las amistades se consolidan.

Fue Abel Caballero, también, el mejor Secretario de Política Institucional, junto con José Luis Corcuera, que yo recuerdo, en los años que llevo militando en el Partido Socialista Obrero Español. No hemos tenido nosotros mucha suerte en el Partido de tener secretarios de Política Institucional potables, aceptables, que entendieran bien la realidad de la España autonómica. Y Abel lo entendió y con él coincidí, compartí y aprendí buena parte de los planteamientos de la España autonómica actual y buena parte de los planteamientos que yo defiendo en esta España autonómica.

¿Qué es lo que yo aprecio de Abel Caballero, además de lo que he dicho? En primer lugar su cabeza política, su privilegiada cabeza política. Y en segundo lugar, su buen trato y su buen tono. Yo creo que Abel es una de las -por lo menos en la opinión que yo tengo del conocimiento de los dirigentes políticos- es una de las mejores cabezas que tiene el Partido Socialista en estos momentos. Y su capacidad de análisis creo que es difícilmente superable por cualquier dirigente del Partido. Y el hecho de que ahora esté sólo dedicado a la enseñanza y a escribir novelas, indica la torpeza de los partidos políticos en no aprovechar bien a las personas que tienen, como Abel, la capacidad de analizar la situación con la facilidad y con la profundidad que él lo hace. Y, además, Abel Caballero es gallego y, por lo tanto, el típico gallego, es el típico gallego, socarrón, gallego socarrón, gallego afable, de trato fácil y de una enorme lealtad, y de una enorme lealtad personal. Yo jamás le he conocido enfadado y hemos pasado momentos, como he dicho antes, difíciles. Jamás he visto una amargura en su cara. Y sus opiniones políticas siempre han constituido para mí referencias, desde el punto de vista político y desde el punto de vista personal.

En resumen, Abel Caballero es un buen amigo mío. Y por eso me he atrevido a realizar ante ustedes la presentación de su última novela, porque ya tiene escritas otras anteriormente, que se titula *El hombre que tenía miedo al mar*. A mí no me pilla -a alguno puede extrañar, aunque ya es la tercera novela que presento- pero no me pilla lejos la función de lector de novelas. Es uno de los vicios diarios que yo tengo. Yo no puedo dormir o conciliar el sueño si no tengo un *ducados* en la mano y una novela. Y todo esto, además, en la cama, que es donde mejor saben los cigarrillos y donde mejor se leen las novelas.

Y por leer mucho, por ser un lector impenitente de novelas, pues también selecciono mucho, como todo el mundo. Y si ustedes me tienen hoy aquí, aparte de por la amistad, es porque he leído la novela de Abel Caballero *El hombre que tenía miedo al mar*. Y si he leído la novela de Abel Caballero entera es porque he llegado a la página 40, que es el tope que yo pongo para seguir o para abandonar. Y no la abandoné. No la abandoné cuando llegué a esa página y ¿por qué?, porque la novela me enganchó. Me enganchó por tres razones. Diré sólo tres razones porque podría estar algo más de tiempo ahondando en las profundidades que tiene esta novela. Pero diré tres razones por las que yo me enganché a esta novela.

Primero, por las imágenes, por las metáforas, por la plasticidad. Es decir, yo creo que hay pocos escritores en lengua castellana que sean capaces de expresar con imágenes tan bellas, como las que se contienen en este libro, las cosas que Abel Caballero quiere trasladar al lector. Me llamó mucho la atención, desde la tercera o cuarta página, una serie de imágenes que a mí me causaron una enorme

impresión porque me parecieron bellísimas. Me llamó tanto la atención esa plasticidad que dije, bueno, esto hay que seguir buscando y hay que seguir leyendo para ver si supera lo que he visto escrito desde el principio. Y hoy me atrevería a decir que estamos ante un novelista que es un esteta en estado puro. Y si no comprueben algunos de los párrafos que les leo. Dice: “El Elba, aquel río traicionero, se podía convertir en su tumba de agua”. Otro párrafo: “Pero, de pronto, en aquel mar verde y rojo, sobre los restos de la claridad del ocaso, las tinieblas abrieron aquellos agujeros negros y amenazadores que parecían capaces de tragar a hombres y barcos. Era la noche que llegaba”. O éste otro: “La oscuridad del anochecer, en competición con las sombras de su espíritu, avanzaba tan aprisa que pronto las igualaría. Cuando llegó a lo alto de la cuesta de la iglesia, ante ella, allá abajo, apareció la ría de su ciudad, aquel lugar donde los montes se habían separado para que el mar océano, bravo y rudo, se calmase en la arena”. Y, por fin, esta otra: “Alfonso, amor, el tiempo se vuelve hierro cuando tu alma, herida en la justicia, sufre”. De éstas hay muchísimas. De estas imágenes plásticas, de estas metáforas hay muchísimas a lo largo de la novela por lo que intuyo que Abel Caballero es un escritor que trabaja mucho el idioma, que trabaja mucho el lenguaje aunque, como buen gallego, se le nota que hace un castellano gallego. Se le nota en la escritura.

Esta fue una primera razón para abordar el libro y empaparme de él. En segundo lugar fue el ambiente. El ambiente del libro en el que se desarrolla el relato o la trama, la acción, engancha desde el principio. Porque se notan dos cosas. Quien no sepa que Abel Caballero es gallego, inmediatamente lo va a descubrir. Se nota la tierra gallega inmediatamente, el mar inmediatamente. Se nota, no sé si su Coruña natal, porque no sé si naciste en Coruña, en Vigo, pero Coruña está constantemente en la novela desde el principio hasta el final y se despide, además con la torre de Hércules.

Y, además, a mí me recuerda en el ambiente, algo a Umberto Eco, el Umberto Eco de *El nombre de la rosa*. Toda esa parte de ambiente monacal, secreto, medieval, bipolar, enigmático. Ahí yo encuentro un ambiente de *El nombre de la rosa*. Por ejemplo, dice: “Al día siguiente se dirigieron a la gran sala. Era la dependencia que los frailes usaban como comedor de la que habían retirado los bancos y corrido las mesas. En la pared, una imagen de San Lorenzo, abrasado por el fuego, presidía la reunión”.

Yo creo que en esta novela, ese ambiente monacal, ese ambiente secreto, ese ambiente medieval, enigmático, sólo lo rompen los personajes femeninos que le dan mucha luz a la novela, al relato, y son capaces de iluminar ese ambiente que muchas veces es oscuro, subterráneo, está la Inquisición de por medio, la celda. Y ese ambiente oscuro, ese ambiente sombrío que recrea la novela ante la presencia del Santo Oficio, pues el personaje, los personajes, tanto el principal como los secundarios, dan una cierta luz y, en algunas ocasiones, dan una gran luminosidad. Y yo creo que sólo Fernando Delgado y Abel Caballero son los dos autores masculinos contemporáneos que, desde mi punto de vista, han sido capaces de entender mejor la sensibilidad femenina y la forma profunda que esa sensibilidad se manifiesta en la novela de Abel Caballero.

Y en tercer lugar, las razones por las que la novela me entusiasmó fue por la denuncia que en ella se contiene. Aquí sería muy prolijo, sería muy largo. Y, por lo tanto, como también Abel va a decir algunas cosas, pues yo me voy a centrar,

aunque hay algunos temas que todavía no los tengo claros, y espero que él nos los aclare y alguna pregunta haré al respecto. Pero veo una denuncia, de entrada. Tal vez porque yo estoy muy obsesionado, pero a mí esto me suena a la historia de una enorme traición, de una gran traición. Y me suena, además, sería estúpido si no la percibiera, la traición, porque está en el libro, pero es que me suena a una traición que Abel y yo hemos vivido. Tal vez porque yo esté, quizás, muy obsesionado y no esté ni siquiera en la mente del autor. ¿Qué quiere decir, Abel, qué quiere decir cuando en la frase, en la página 243 dices: “¿Cuál va a ser la siguiente acusación? No podemos dejar que esta causa se nos escape de las manos. Nos va mucho en ella. Estamos defendiendo a la Iglesia, al Papa, al Emperador y a la fe. Nuestro trabajo no siempre es fácil, está lleno de obstáculos y de incomprendiones, incluso a veces tenemos que condenar a inocentes para que sirva de ejemplo a otros, es nuestra obligación”. ¿Tú en quién pensabas, Abel, cuando -catedrático y político, eh, catedrático y político- cuando escribías esta frase? ¿Estabas pensando en la Universidad?, donde hay grandes traiciones. ¿O estabas pensando en la política? No lo sé pero yo te voy a decir en quién pienso yo cuando leí esta frase ¿eh? Por ejemplo, Gonzalo de Burgos que es un personaje que aparece al principio como muy secundario y, después, se convierte en el personaje principal de la novela. Y además, el personaje que va con el tiempo. Para mí Gonzalo Burgos es el hombre que tenía miedo al mar porque, además, lo dice así y, sobre todo, es un verdadero trepa en el sentido más descarnado de la palabra, un trepa. Que se mantiene con el mismo puesto, como secretario de cartas con sucesivos pontífices, con Adriano VI, con Clemente VII y con Pablo III. Gonzalo de Burgos es la traición personificada y como a cualquier traidor le da miedo el mar. Es evidente. A cualquier traidor le da miedo la verdad, le da miedo la claridad, le da miedo la transparencia, es decir, todo lo que es el mar. Y por eso tiene tanto miedo y tanta angustia a eso que es la verdad. Y la mayor traición que comete Gonzalo de Burgos la realiza -dices tú- para proteger a Roma, para salvarla había elegido la mentira y el engaño. Porque el mundo nunca entendería la reunión, en el Monasterio de Trento, -esto lo digo yo, él dice otra cosa, pero yo creo que si lo dijera descubriría toda la novela y no es mi intención-, porque el mundo nunca entendería la reunión en el Monasterio de Trento para castigar a los verdaderos enemigos de la fe, a los heréticos de la ciencia. Pues yo cuando leía esto estaba acordándome del juicio del Gal. Y cuando veía a Gonzalo de Burgos estaba viendo a Garzón. Y cuando veía a Rodrigo de Fonseca que es el protagonista, si quieren ustedes, pasivo de la novela, estaba viendo a Barrionuevo, a Corcuera, a Vera. Seguramente estoy muy obsesionado y, tal vez, estoy frivolisando, pero yo veía eso. Y veía más cosas, veía más cosas. La reunión de Trento era para castigar a los verdaderos enemigos de la fe, a los heréticos de la ciencia. Yo creo que la clave de lo que esta novela significa la das mucho antes que esta frase que está en la página 294, la das en la página 47 cuando dices: “Son enemigos irreconciliables, allí donde penetra la ciencia se retira la religión. La ciencia, no Dios, explica las cosas y la fe no es más que un modo de cubrir las carencias de nuestro conocimiento. El avance del conocimiento significa el retroceso de nuestra fe”. Como siempre, por cierto. Como siempre ha ocurrido y como siempre ocurre. ¿O no tenemos hoy día, acaso, planteado un problema con la genética, la clonación, la bioquímica, el mapa genético, etc., etc.? Como siempre. Pero cuando en la novela triunfa el amor, -y yo creo que al final triunfa el amor-, triunfa la lealtad, triunfa la nobleza, triunfa la amistad, me da la sensación que Abel, que en este párrafo y en algunos otros, toma partido por la ciencia frente al oscurantismo de la religión, me da la sensación que aquí, cuando hace que triunfen estos sentimientos, la lealtad, la nobleza, la amistad, el amor, entonces aquí, Abel ya no toma partido por la ciencia sino que se mantiene ecléctico. Porque tampoco hay porque arriesgar

excesivamente a favor de la ciencia. Yo leía recientemente una novela de Jorge Volpi, *En busca de Klingsor*, que nos describe cómo cuando triunfa la ciencia retrocede la ética. Y en la II Guerra Mundial y en el nazismo todos, de un bando y de otro, por la ciencia hicieron que la ética retrocediera y murieran muchos millones de hombres y mujeres. Así que es el triunfo de la nobleza, de la lealtad, del amor, de las convicciones y de la política. Porque de todos los poderes que aparecen en la novela, me da la sensación que Carlos V, que representa al poder político, es el que se levanta sobre la miseria de los otros poderes que aquí aparecen reflejados. No se podía esperar menos de un escritor que durante un tiempo fue político. Y yo, además, se lo agradezco.

Y, por último, *El hombre que tenía miedo al mar*. Hombre, miedo y mar; palabras clave del título y de la novela desde mi punto de vista.

Hombre. Yo creo que es, la novela también, un alegato contra la forma masculina de afrontar la solución de los problemas. La traición oponiéndose a la lealtad, las razones de Estado en oposición a las razones del corazón, los deberes y obediencia en oposición a los sentimientos. Me parece que hay un alegato contra la forma masculina de resolver los problemas, contra el poder ejercido por el hombre durante todo este tiempo que dura la historia.

Miedo. Pues, precisamente, ese alegato contra la forma masculina de ejercer el poder y de resolver los problemas, provoca un miedo terrible, una inseguridad, una angustia, un autodesprecio, producto de esa forma de hacer política, producto de esa forma de practicar el poder.

Y mar que yo creo que es lo claro, lo transparente, lo limpio, lo grande. Es decir, el entorno de Abel Caballero, su influencia decisiva.

Hay otros asuntos que ya no me atrevo a tratar como es, por ejemplo, el infierno. Las idas y venidas del infierno, donde no he sido capaz de encontrar una explicación consecuente con las idas y venidas, quienes entran en el infierno, quienes salen, quienes entran y se quedan, quienes parece que iban a entrar y no entran... Ahí hay algo que explicar y yo espero que el autor nos lo explique porque él, mejor que nadie, conoce todas las claves de una novela que he intentado explicar algunas de las claves que he descubierto, pero hay muchísimas más en esta magnífica novela que tiene un final apoteósico, tiene un final espléndido. Tiene un inicio magnífico y tiene un final espléndido. Por lo tanto, es una novela que estoy seguro que les va a enganchar a ustedes cuando tengan la oportunidad de leerla. Le doy las gracias a Abel porque ya que nos abandonó, entre comillas, en la política activa; por lo menos, nos da la satisfacción de haber recuperado un novelista que yo no conocía y que ahora me alegro pues todavía más de ser su amigo, porque no solamente tiene una cabeza preclara para el análisis político, sino que tiene una cabeza brillante para resolver tramas y conflictos. Y esta novela lo pone de manifiesto. Muchísimas gracias.